

La economía corporativa no es semejante a la del liberalismo que adora al individuo y cree en la coincidencia automática de los intereses particulares con los generales; ni a la socialista, que adivina a la colectividad y al Estado y por ello desanima y anula al individuo. Pero es una economía afirmativa y armonizadora de los dos términos, anudándolos con una doble subordinación: la del individuo que como parte debe estar subordinado a todo, a la sociedad; y la de la sociedad, que se pone de tal modo al servicio de la persona humana, puesta por Dios en el vértice de todos los valores presentes. Esto no puede significar cosa diferente a la revaluación de los principios espirituales.

Para mantener una economía regulada y pareja, el clima apropiado y propicio es el de una difundida y sólida formación moral y religiosa, sin la cual el sacrificio de los intereses privados en beneficio de los públicos, y el del individuo en pro de la nación, resulta simplemente académico y degenera en coacción caduca e inestable.

Escribe Orlando en su estimado trabajo sobre "La Hermandad del Artesanado" que "mucho más que en las leyes y en las instituciones es necesario pensar en las costumbres de los hombres, a quienes por malos y flacos de ánimo ninguna ley logra hacerlos prosperar, mientras es común en la historia de las instituciones ver cómo ordenanzas pésimas en teoría han logrado resultados óptimos en cuanto se refiere a fecundidad y prosperidad de las naciones."

La corporación es un maravilloso y delicado mecanismo de autogobierno. Para hacerlo funcionar con mejor resultado no es tan necesario un adiestramiento técnico como uno de orden moral.

No vengan algunos a describir las corporaciones como un mecanismo que, puesto en movimiento, cumple sus funciones por virtud de su organización. Esto es absurdo. El espíritu es todo. Es esta conciencia religiosa de la vida que pudo darse, por sí sola, como conquista espiritual, la única verdaderamente duradera de las corporaciones. Hacemos nuestra la anterior afirmación del insigne profesor Arias.

El corporativismo, es necesario no engañarse, es una herramienta penetrante y va mucho más allá de las fronteras económicas. "Es, por tanto, utópico pretender realizar esta revolución sin cumplir la previa revolución espiritual del individuo y de la sociedad."

El sabio naturalista don José Celestino Mutis

NOTICIA BIOGRAFICA

"Gratulor tibi nomen immortale
quod nulla aetas unquam delebit."
(*Linneo a Mutis.*)

Ninguno de sus contemporáneos lo superó en Hispanoamérica. Pudo alguno adelantarle en determinada rama de la ciencia, pero no le aventajaron en la multiplicidad de sus conocimientos, en la entrega total de su vida a la investigación científica, a la promoción, en un ambiente indiferente y hostil, del adelantamiento de los estudios experimentales, de los que fue magistral introductor en el Nuevo Reino de Granada.

En esta afortunada fracción del Continente americano, la naturaleza entregó al sabio secretos que fueron revelación para el mundo científico y gloria perpetua para quien, en la plenitud de su vida, mereció la consagración de los inmortales. Pero para Colombia, en la que recae tanta gloria, ya que el insigne Mutis la adoptó como su propia patria, desde el día feliz de su llegada, en el año de 1761, el joven médico de la universidad de Sevilla es algo más que un sabio múltiple. Es el creador de la idea sublime de patria americana. El señaló dondequiera tesoros ignotos; exploró el primero nuestras enhiestas cordilleras y estudió nuestros valles fecundos; hirió la tierra para buscar ingentes minerales; se abismó en nuestras florestas, donde a manos llenas recogió tesoros para enriquecer la Flora universal; aclimató especies; combatió las endemias agobadoras, y con su *Arcano de la Quina* declaró guerra sin cuartel a la malaria. Fue higienista de visión peregrina; estudió la lepra y llegó a conclusiones que hoy son patrimonio de la medicina universal.

Salvó la rudimentaria explotación de los minerales, introduciendo los últimos descubrimientos y experiencias realizados en Suecia, Meca científica de Mutis. Su amplio criterio de hombre de ciencia abrió las puertas del Nuevo Reino de Granada a una misión científica de mineros tudescos protestantes, contratados por el gobierno español para impulsar la economía criolla y colaborar en metalurgia y docimasia con otro casi olvidado sabio español, Juan José D'Elhúyar, quien, con su hermano Fausto, entregó al mundo el wolfram o tungsteno. Impulsó el incipiente comercio colonial con nuevos y valiosos productos, como la quina, el té de Bogotá, el café, etc. Dio a la platina el ápice de su valoración universal. En su cátedra de matemáticas y física, con la que acrecentó la gloria del Colegio Real Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Santafé de Bogotá, introdujo al filósofo Newton, defendió a Copérnico y con sus manos milagrosas quitó la venda que cegaba a la juventud estudiosa, perdida en inútiles divagaciones de vano formulismo peripatético. Ascendró excelente gusto literario y erigió un templo a las humanidades.

Avisados profesores y promesas juveniles de brillante inteligencia rodearon al maestro español. De labios de éste recogieron las nuevas doctrinas, y cuando les expuso la magnificencia de la naturaleza tropical, que tres siglos hacía miraban sin ver, y les habló de las posibilidades que su genio contemplaba infinitas, para impulsar el dormido Nuevo Reino, disfrutar de su suelo, de su cielo y de su pan, la metrópoli les pareció aun más lejana. ¿Y cómo no estarlo, si tardó veinte años la respuesta a la carta que el 20 de junio de 1764 firmó José Celestino Mutis, luminosa representación para el magnífico Carlos III, redactada en términos de tan angustiosa convicción, sacudido su patriotismo y su orgullo español al pensar que un extranjero acababa de ser el primero en revelar al mundo abundante copia de tesoros botánicos del litoral neogranadino, que el insigne Nicolás José Jacquin había conocido a su paso por Cartagena de Indias?: "Arrebatóme de las manos este insigne botánico —exclama— los más preciosos descubrimientos, que pudieron haberse comunicado con gloria de la Nación, por un naturista español, si hubiera yo tenido la oportunidad de haber llegado dos años antes, gratificado con alguna pensión inferior a la suya."

Para eso había abandonado la honrosa y fácil perspectiva que

podiera reservarle la Europa sabia: para entregarse totalmente a procurar el prestigio de su gloriosa España en esta parte desconocida de su inmenso Imperio. Delante de sí tenía un ignoto país que le esperaba con sus selvas maravillosas, sus florestas y tremendales, su dislocada estructura geológica. A todas partes quería llevar su sobria juventud y su febricitante ansiedad de sabio e investigador jamás satisfecho. La expedición que planeaba Carlos III el Grande, se dirigía sinceramente "a producir honores a la Nación, utilidad al público, extensión al comercio, ventajas a las ciencias, nuevos fondos al Erario Real, y gloria inmortal a Vuestra Majestad".

Sin embargo, los mejores años del maestro, que señalan su plenitud, el ímpetu investigador en tensión, su vehemente carácter, su voluntad, sufrieron por cuatro lustros la prueba suprema. Si del real erario no hubo modesta pensión para quien no pedía otra cosa sino poder trabajar para acrecentamiento del patrimonio científico español y universal, él mismo, refugiado en sus propias soledades, como médico unas veces, otras, felizmente también, como catedrático, y largos años inenarrables en desiertos lugares mineros, buscó inútilmente los recursos necesarios para costearse su soñada expedición científica por el Nuevo Reino de Granada.

Conjúgase entonces su aliento vital con el estímulo de los extraños. A Cácuta de Surata, al real de minas del Sapo, van llegando las cartas consagradoras. Linneo, la suprema autoridad de su época en la ciencia botánica, es el primero en recoger en sus libros el fruto científico del insigne hijo de Cádiz. Consagra con su nombre rara planta neogranadina, y con la frecuencia de sus cartas, estimulantes en alto grado, salva para el mundo la obra de Mutis. Aquellas misivas escritas en finos caracteres, que el sabio colecciona humildemente, en secreto, por temor a los necios, constituyen la imagen de su *Flora*, el objeto de sus íntimas efusiones al llevarlas a sus labios temblorosos de emoción y gratitud.

"Utinam redires salvus in Europam! Video, ex datis, quod redeas plantis et earum observationibus ditior numis Craeso. Utinam te in hac vita liceret semel coram intueri quasi e paradiso reducem. Certe, si redisses, auderem Hispaniam tui causa petere, nisi senium prohiberet et instans fatum." O aquella otra llena de efusión y ternura: "Viro amicissimo, Suavissimo Candidissimoq. DD. J. C. Mutis, Botánico solidissimo et acutissimo, S. pl. d. Car. Linne", en cuyo se-

gundo párrafo estampó el mayor elogio que hombre alguno puede merecer: "Gratulor tibi nomen immortale quod nulla aetas unquam delebit".

Un día, este varón eximio y santo rompe definitivamente con el mundo, y en diciembre del año 1772, a los cuarenta de su edad, recibe las sagradas órdenes. "Desde aquella época fue un verdadero sacerdote de Dios y de la naturaleza. Divididos todos sus momentos entre la religión y la ciencia, fue un modelo de virtudes en la primera y un sabio en la segunda", como bellamente expresó el más aventajado de sus discípulos, y como él inmortal: Francisco José de Caldas. La cátedra de Dios se dobla en tribuna de ciencia, y sus labios consagrados defienden, ante los timoratos y los escandalizables el Sistema Heliocéntrico. Como solitario peñón en medio del mar, contra su apacible pero volcánico corazón estréllase el temporal promovido por la ignorancia. En este célebre día del año 1774 la verdad comenzó a iluminar las ofuscadas mentes criollas, que poco a poco perdieron el miedo a pensar, pues Mutis —faro luminoso y maestro sin par— los guiaba con su clara y poderosa inteligencia.

En el Virrey don Manuel Guirior, de tan efímero paso por el Nuevo Reino, encuentra a Mutis, a la espera de su anhelo, la vislumbre de lo que podría constituir el estímulo oficial. Por fin, un día llegó, como lo requerían su sapiencia y las múltiples cualidades de su vida admirable. Su Mecenaz era doctísimo en muchas provincias de la humanística, matemático y geógrafo; economista y hombre de estado, ceñía su cabeza con la mitra episcopal de la metropolitana, y empuñaba el bastón del gobierno civil del Nuevo Reino de Granada. Como coleccionista acumulaba selecta librería y la más insigne pinacoteca. Desde Miguel Angel hasta los pintores españoles de la mitad del siglo XVIII, en peregrinas obras acompañaban al magnate dondequiera: en España, en Mérida de Yucatán, en Santafé de Bogotá, a cuya casa arzobispal —palacio desde entonces— las legó con magnificencia de príncipe de Renacimiento, pues es ésta en verdad la calidad magnífica del excelentísimo e ilustrísimo señor don Antonio Caballero y Góngora, gloria de España y benefactor inolvidable del Nuevo Reino de Granada durante su mandato virreinal, sin duda el más célebre que registraron nuestros anales.

El señor Caballero y Góngora, par de Mutis en amor a la patria

y a su gloria, tuvo conocimiento de que el Emperador de Austria había pedido la venia a Su Majestad Carlos III para que un grupo de científicos recorriesen los territorios de las provincias españolas de Ultramar, en viaje de estudio de las ignotas riquezas naturales, tan codiciadas por el mundo europeo. Una vez más querían los extraños entregar a la ciencia lo que debía ser preeminencia orgullosa de la nación española. Y anhelaban por visitar el Nuevo Reino, donde hacía veinte años laboraba en silencio un español, a quien solamente impulsaban el más ascendido patriotismo y un amor a las ciencias naturales sin desfallecimientos, como que se sobreponía a la indiferencia ambiente, casi a la hostilidad, en un medio cultural que comenzaba a redimirse gracias a él y para el cual salvó unas cuantas inteligencias que llamaría a su lado a la hora de la revaluación. Esto y mucho más reflexionó el Arzobispo Virrey, y sin esperar laboriosas y demoradas consultas al Soberano, por un acto de su voluntad de hombre de estado y gran patriota, creó el día 19 de abril de 1783 la *Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*, la misma gloriosa institución que hacía veinte años un joven médico y botánico, de treinta y dos años, con tanta vehemencia proponía al Soberano.

Mutis coronaba ya la media centuria. Los malos climas donde había pasado en busca del señuelo dorado, afectaron su robustez y menguaron quizá el ímpetu de ese genial espíritu tan próximo a la misantropía. Pero ahí está ahora erguido en briosa mula, desafiando los peligros del camino de Honda, rumbo a la ciudad de Mariquita, que señoreaba ardiente llanura en el corazón del Nuevo Reino, de gran fama por sus minerales de oro y plata, por la fertilidad de su suelo, por la caprichosa formación del collar de montañas que la circundan.

Le habían precedido su discípulo Eloy Valenzuela, escogido para Subdirector; el pendolista y geógrafo José Camblor, y el pintor Pablo Antonio García, llamados a fundar el trascendental establecimiento científico en aquel ambiente que aún se esforzaba por recordar la plenitud cívica del siglo XVII.

Tan desusada Academia, tan extraños personajes tan renuentes para con los curiosos y tan discursivos en sus esparcimientos íntimos, despertaron primero infantil curiosidad en unos pocos; en algunos, respetuosa admiración, mientras otros llegaban a considerarlos como

maniáticos y fatuos. Aquel laborar sin sosiego, con febricitante actividad tantas veces; aumentando día por día aquel grupo extraño con nuevos y raros personajes, indios, negros, criollos, que en grupos buscaban los más inaccesibles lugares para recoger plantas exóticas; otras veces intencionadamente desafiaban temibles víboras, para demostrar la eficacia de la milagrosa planta que inmunizaba del terrible veneno. Los pintores, a quienes conducía un costeño parlanchín, pasaban las horas muertas delineando esas mismas plantas que los otros renovaban diariamente. El correo sorprendía en Mariquita sobrescritos en lenguas desconocidas procedentes de Suecia, de Dinamarca, de Austria, de Francia. Otras veces era inusitada la frecuencia de las cartas oficiales procedentes de la misma Corte o de la amable capital de Santafé de Bogotá. Dos veces al año, por lo menos, llegaban grandes cajas repletas de libros extraños y magníficos, o trayendo preciosos aparatos de experimentación que Carlos III enviaba para su Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. Casa de nigromantes, de hechiceros o de locos parecía aquello.

El maestro, con su erguida estatura, su grave rostro oblongo, su porte de gran señor arrebuñado en negra sotana, sus ojos penetrantes y luminosos, que parecían adivinar hasta los meandros recónditos del alma, con igual maestría a la que empleaba en seleccionar y clasificar sus nuevas especies botánicas, imponía respeto dondequiera, y todo lo hacía marchar con ritmo, el método y la fidelidad de su propia vida. Al par de maestro severo, irritable además por su complexión sanguínea, tuvo también ternura y delicadezas para quienes con su conducta se hicieron acreedores a su cariño. Amó sinceramente, lealmente. Así también fue severo para quienes faltaron en algo a sus deberes o se envalentonaron ante su mansedumbre. ¡Cuánto desprecio por los venales, por los improvisados y los audaces! ¡Qué entrega tan absoluta a los que querían elevarse hasta la más rigurosa formación científica! Ahí están Francisco José de Caldas, Fray Diego García y Miguel de Isla, Salvador Rizo y Fernando de Vergara, Francisco Antonio Zea y Pedro Fermín de Vargas: a todos los hizo partícipes de su propia gloria; a todos los impulsó el maestro. Como persona humana, el sabio Mutis es dechado de su estirpe y de su raza.

Los años fatigosos pasados en la enervante ciudad de Mariquita,

cuyo mejor timbre será el haber sido asiento de esta escuela de sabiduría; los múltiples encargos oficiales de todo linaje, redujeron poco a poco su economía creadora, y hubo un momento de la lucha en que triunfaron las fuerzas tropicales y en que casi claudica la tradicional fortaleza del maestro. Pero en el solar anexo a la quinta donde éste trabajaba se abrían ante su mirada paternal veinte canelos salvajes de los Andaquíes, rebrillaban los primeros cafetos, elevaba sus ramajes la quina salvaje, y la nuez moscada hacía suyo el ardiente valle del Gualí. En la oficina de pintores, bajo la diestra mano del más insigne de ellos, a su vez mayordomo ireemplazable, el meritorio Salvador Rizo, se contaban por centenares los trasuntos de la flora neogranadina, pasmo de cuantos disfrutaron de su visión inverosímil. En la recámara del Director, como en el salón principal, los anaqueles parecían doblegarse al peso de las ediciones *in folio* de las más preciosas obras botánicas que pudieron reunirse en un lugar del mundo. Termómetros, barómetros, relojes de precisión, telescopios y globos celestes y geográficos completaban aquel cuadro de grandeza europea. Todo esto ocurría en una olvidada ciudad del Nuevo Reino de Granada (hoy Colombia), orgullosa de su pasada grandeza, dormitando en medio del sopor canicular.

Todo pasaría en la urbe que recibió el postrer aliento del fundador de Santafé de Bogotá (1). Sólo enhiestos y frondosos árboles, los que Mutis plantara con sus propias manos, aquellos que no olvidó jamás y para los cuales tuvo su mejor pensamiento en su voluntad testamentaria, permanecerían por más de un siglo como mudo y elocuente homenaje al hombre sabio y bueno que los mimó recién nacidos, los educó y los reparó para su frondosa madurez. El eminente hombre de ciencia Boussingault, que visitó como devoto el santuario que Mutis hizo inmortal, escribe en sus *Memorias* la página más bella consagrada a las fuerzas de la naturaleza, ante la criminal indiferencia de los hombres: "Yo me hallé en 1824 entre los restos de la casa que había habitado Mutis. Desde el suelo del salón se había levantado una magnífica quina amarilla que, sin duda, provenía de alguna semilla caída del herbario. El árbol había perforado el techo, y su follaje, de una gran riqueza de colorido, daba abrigo a las ruinas del edificio. Muy cerca se reparaba un bos-

(1) En ella murió el muy Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, en el año de 1579.

que de canelos plantados por el ilustre botánico, y considerando el triste destino de la absoluta soledad de un lugar donde se había desarrollado tanta actividad, podría decirse con Addison: "¡Un hombre útil ha pasado por allí!" Precisamente una quina, la especie a que él consagró sus mejores estudios, la que más apreció como tan benéfica para la salud humana, extendía sus ramas protectoras sobre aquel lugar consagrado.

Una acertada disposición del Virrey Ezpeleta, estimulado por la Corte española, en su deseo de procurar el restablecimiento de la agotada salud de Mutis, ordenó en 1790 el traslado de las oficinas de la Real Expedición Botánica a Santafé de Bogotá. Laborioso hubo de ser el regreso emprendido el año siguiente, pero el clima admirable de consuno con el ambiente culto de la ciudad virreinal, devolvieron al sabio la salud. El Gobierno, temeroso de que vida tan preciosa se perdiera para la gloria de España, antes que culminase la *Flora de Bogotá*, acertó invitando al maestro a la capital, donde, rodeado de sumos cuidados, fue estimulado con mayor largueza para la realización de sus proyectos científicos.

Su vida fue complicándose paulatinamente. Tantas cosas le sugería su celo por las ciencias y su amor por la patria adoptiva. Programas de estudio, planes económicos, de nuevo la práctica de la medicina, los estudios astronómicos, los cuidados familiares, convertido en mentor de sus sobrinos, la dirección espiritual de muchas almas, embargaron hasta los instantes consagrados al reposo.

En su senectud gloriosa, millonario de ciencia, depositada, según sus propias palabras, "en manos francas de quien sólo atesora con el fin de dar"; retraído y melancólico, desconfiado a veces, casi huraño otras, pero siempre corazón de oro, reparte sus cuidados entre el agobio de la esperada *Flora de Bogotá*, la dirección de las dependencias, cada día mayores de la Expedición; la redacción interminable del texto científico que habría de ilustrar el tesoro de sus láminas, cuya colección crecía diariamente en calidad imposible de superar. Fue testigo avisado del despertar del mundo político del siglo XIX, y del lado suyo, la policía del estado se lleva a los más aventajados discípulos, acusados de promotores de la independencia del Nuevo Reino. Entre ellos figuraba su sobrino Sinforoso, soberano de sí mismo; le privan de Francisco Antonio Zea, en quien puso, con razón, sus mejores esperanzas. Huéspedes ahora de las cár-

celes santafereñas y peninsulares; pero el ímpetu que Mutis puso en ellos los devolverá a la patria doblados de sabiduría. Francisco Antonio Zea, Enrique Umaña y José María Cabal son ejemplo memorable. Después ocupará el primer puesto Francisco José de Caldas, de nombre inmortal. El único digno, con Francisco Zea, de suceder al maestro en la dirección de su Instituto. La amistad de Caldas y de Mutis es consagrada. Tanta es la ternura del maestro, tanta la efusión del discípulo, que desde el año 1802 recibió el más decidido apoyo de Mutis, sin que éste le conociera sino por sus obras, por su claro espíritu, por su pasión por la sabiduría. Caldas, que es la gloria más pura de la ciencia colombiana, es asimismo obra maestra del sabio Mutis.

En el año 1802, el Director de la Expedición Botánica recibe la inesperada visita de dos buscadores de tesoros: Humboldt y Aimé Bonpland, que acababan de realizar atrevida y azarosa expedición, hasta descubrir el canal de comunicación entre el Orinoco y el Amazonas. Coleccionistas infatigables de aventuras y de ciencia; redescubridores para el mundo de esta América española, a la que sorprenden ya madura para emancipación. Por dos meses comparten la mesa y el hogar del patriarca de los botánicos del Nuevo Mundo, que los desconcierta con su sabiduría increíble. Jamás soñaron los dos europeos encontrar en la lejana planicie bogotana una biblioteca especializada como en la misma Europa no llegaron a conocer. Ellos, tan difíciles de sorprender en cuestiones científicas, se vieron súbitamente en un paraíso sin serpientes engañosas de que era soberano un anciano sacerdote, que hacía cuarenta años ilustraba las ciencias, en tales términos, que sería pasmo de las edades, Salvador Rizo, el maestro de pintores y *alter ego* del sabio Director Francisco Javier Matiz, herbolario y pintor de plantas a la miniatura, como no lo había en la Europa de su época, todo dejó en los dos exploradores el imborrable recuerdo de lo maravilloso. El nombre de Mutis y su noble y majestuosa efigie, puesta al frente de una de las más acreditadas obras científicas de Humboldt y Bonpland, honrará para siempre a los dos viajeros.

Para el año de 1806, el personal de la Real Expedición Botánica contaba con once miembros, entre los principales y correspondientes dedicados a la parte científica; diez maestros pintores y cinco oficiales. A la escuela gratuita de dibujo, anexa, concurrían nueve

estudiantes de la nobleza, y cinco pupilos de la casa de la Expedición. La colección de esqueletos de plantas, de fósiles, de especies animales, de curiosidades de la naturaleza, colmaban las estancias de la excelente casa destinada desde el año de 1790 para sede del Instituto científico, y en la huerta elevábase, desde el año de 1802, la torre milagrosa y solitaria, primer templo erigido a Urania en la maravillosa América equinoccial, cuyo cielo estaba también colmado de tesoros por descubrir.

Fue así el maestro acercándose a la muerte. Su erguido porte, curvado por el ya fatigoso ejercicio de la pluma; cada día más dentro de sí mismo, sólo piensa en el destino final de una vida que, ya maduro, consagró a Dios. Sabe de cierto que esa vida ha sido homenaje perpetuo a la ciencia y a su nueva patria, por la que ha pasado "suspirando siempre por la aurora de sus días más felices y trabajando en aproximar su llegada". En el horizonte apuntaba ya la aurora de la libertad, cuando el 11 de septiembre de 1808, España y el Nuevo Reino de Granada vieron extinguirse serenamente la vida del mejor de sus hijos, del máspreciado representante de la ciencia española en el Nuevo Mundo.

No importa que el texto científico de la *Flora de Bogotá* hubiera quedado sin concluir; que la racha revolucionaria dispersara los hombres; que Caldas y Cabal Rizo y Camacho, Lozano y tantos otros que pertenecieron a la inolvidable Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, hubieran ascendido al cadalso glorificador; el cruento sacrificio heroico era nuncio, no ya de la aurora de más felices días, sino de la plenitud meridiana soñada por Mutis y deseada con todas las fuerzas de su corazón.

GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA
Colegial del Colegio Mayor de Nuestra
Señora del Rosario y Cónsul de Colombia
en Madrid.

EFEMERIDES ROSARISTAS

EL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO EN FUNCION DE LA HISTORIA DE COLOMBIA

Por JULIO CESAR GARCIA

1º DE ENERO

1796.—Tomó posesión del rectorado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el presbítero doctor Antonio Nicolás Martínez Caso. Hijo del maestro de campo y corregidor de Tadó en el Chocó, don Fernando Martínez de Caso y de doña Isabel Murillo, inició estudios en el Colegio de San Bartolomé y terminó los de jurisprudencia en el Rosario; ordenado sacerdote el 21 de septiembre de 1773, fue cura de Purificación, Guasca, Cajicá y Guatavita; nombrado racionero de Mérida en 1791 no pudo aceptar por motivos de salud, no obstante los cuales aceptó la rectoría del Colegio Mayor "por puro y necesario afecto de mi agradecimiento". Empecinado en el sistema geocéntrico, no pudo convenir en que el profesor Vásquez Gallo expusiera el de Copérnico que había sustentado el sabio Mutis en estas aulas; no fue esta la menor de sus contrariedades en un ambiente caldeado con la nueva filosofía, por lo cual se vio obligado a renunciar corridos pocos meses de su turbulento rectorado.

1810.—Recibió el grado de doctor el colegial cartagenero y futuro mártir de la patria, José María García de Toledo.

1815.—Como consecuencia de la toma de la capital por Bolívar se trasladó de Tunja a Santafé de Bogotá el Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada, del cual formaban parte rosaristas insignes como Camilo Torres, José Fernández Madrid, Manuel Rodríguez Torices, José María del Castillo y Rada, etc.